

36. ENRIQUE GOMEZ HURTADO

(1927 -). Abogado-economista, periodista, ensayista y diplomático. Bachiller del Colegio de San Bartolomé (Bogotá, 1942). Se graduó como abogado en la Pontificia Universidad Javeriana (1948). Se dedicó al periodismo en los diarios *El Siglo* y *Diario Gráfico*, de Bogotá (1948-53). Actividades en la vida comercial del país y gerente general de la Editorial Italgraf Ltda. desde su fundación en 1962. Fue nombrado embajador en Francia en 1980. Es miembro del Comité Ideológico del Partido Conservador (1975). De su obra de ensayista descuella *Respuesta* (1971), síntesis de sus inquietudes económicas, políticas y sociales.

Hay que repensar todo conservadoramente y actuar
(De *Respuesta*)

No hay que confundir el quehacer de hoy con la novedad. Es cierto que una mayoría de los planteamientos novedosos surgen de la izquierda, y está bien así. Esa es su tarea. La nuestra es convertir algunas de esas novedades en instituciones, después de haberlas depurado y acondicionado en forma que sirvan la ordenada evolución social. Oír, estudiar, aprender e integrar es nuestra tarea primordial. Es aplicándonos a ella como somos útiles, como podemos inspirar esa confianza en el orden, en el desarrollo lógico del ente social que hoy tanto se añora. Es precisamente la falta de una presencia actuante de lo genuinamente conservador lo que está creando la tremenda inestabilidad emocional en que estamos viviendo.

No hay tiempo que perder. Hay que repensarlo todo conservadoramente. No es difícil. La descomposición general a que nos ha

llevado la novelería de los últimos años ha llegado a un punto crítico en el que nuestro mensaje puede transmitirse sin mayores tropiezos. La sociedad es hoy un hijo pródigo que quiere volver a la mesa limpia. Es mucha la gente que lleva dentro del pecho, reprimido, un gran grito de ¡No más! Son los padres de familia, los jóvenes que desean estudiar, los hombres de trabajo que no saben qué será del fruto de su labor, los campesinos que ven la ruina de los campos, los contribuyentes testigos del despilfarro, los militares fatigados de su labor repetida y estéril. Somos muchos y estamos de acuerdo. Sólo nos falta decidarnos y actuar. (ps. 15-16).

Cultura y anticultura

¿Nueva cultura? ¡Por Dios! Hay una cultura, y mientras esté viva es siempre nueva. Pero eso que han dado en llamar la nueva cultura. . . ¡No! Ya es tiempo de terminar con el embeleco. Lo que principió como un movimiento de liberación frente a las escalas de valores rígidas, utilitaristas e indudablemente deshumanizadas que heredamos de los pontífices del liberalismo manchesteriano, de una parte, y de los moralistas mojigatos de la sociedad burguesa postindustrial, de la otra, no merece hoy, como movimiento de conjunto, el pomposo título de *nueva cultura*. Es, ante todo, una anticultura. Esa ruptura sistemática de todos los conductos que hacen posible el intercambio de las ideas; la perversión, por el abuso y la tergiversación, de todos los términos inteligibles del idioma; la negativa sistemática, apriorística, al diálogo; la vociferante y repetida proclama de unas cuantas consignas vagas y carentes de propósito concreto; la veneración de los falsos artistas que pretenden espantarnos, y muchas veces lo logran en las mentes desprevenidas y de buena fe, con sus esperpentos ininteligibles ante los que tenemos que callar y conceder para no ser tildados de ignorantes y retrógrados; la utilización ilimitada del escándalo como medio rápido y fácil de obtener notoriedad; la sustitución de la música por el ruido, de las buenas maneras por la patanería, del respeto por la irreverencia, del cuidado de la persona, como primer mensaje de cordialidad hacia los demás, por el desaliño y la mugre como símbolo de desprecio y desconsideración hacia los congéneres; la utilización de la grosería y la obscenidad como vehículo de la literatura y de las artes plásticas; ese hastío de todo a que estamos llegan-

do, ¿es todo eso la *nueva cultura*? ¿Tenemos que aceptarla? ¿Por qué? ¿Para qué? Se nos dirá que para comenzar de nuevo. Pero, ¿no es totalmente insensato desandar lo andado, en vez de enmendar los errores y continuar la marcha adelante? ¿Hasta cuándo vamos a seguir destruyendo? ¿Quién va a dal el alto? ¿Cuál va a ser el profeta de la reconstrucción?

No, no hay que matricularse en la *nueva cultura*. La que tenemos, como creación humana que es, es imperfecta, pero también como tal, es susceptible de mejoramiento hasta el infinito. Bien sabemos que es una tarea que no termina, pero, por lo mismo, no se ve la razón para iniciarla de nuevo. (ps. 23-25).

La revolución es una enfermedad

Pero las revoluciones no son un remedio, sino una enfermedad. Cuando pasan, la sociedad siente esa vaga satisfacción del convaleciente y está dispuesta a aceptarlo todo como *mejor que antes*, con tal de dejar el lecho ensangrentado. Y los causantes del mal proclaman como su triunfo el regreso a la normalidad que ellos perturbaron.

La curación por la sangría es un remedio bárbaro. Sólo debilita el organismo e impide otros tratamientos concretos, ellos sí dirigidos a las causas del malestar. Proclamar la revolución es negar la inteligencia, es proclamar el fracaso del hombre en su diario quehacer, es renegar de la propia personalidad, de lo que somos, de porqué lo somos y de nuestra tarea ante el mundo.

Y, si analizamos la historia sin dejarnos arrastrar por la hojarasca revolucionaria, podemos contabilizar el balance macabro de los albigenses, de la Guerra de Treinta Años, de Cromwell, de la Revolución Francesa, de la Comuna, de 1917. Traumatismos inmensos, despilfarro de vidas, de dignidad humana, de valores estéticos. Traiciones, venganzas y resentimientos. Oportunidad ilimitada para arribistas, charlatanes y demagogos.

Estancamiento económico, inseguridad social y personal e implantación, al final e inevitablemente, de un régimen y un *estable-*

cimiento similar al que se derribó, pero crudo, sin experiencia, sin tradición, sin capacidad de comunicarse con sus súbditos, forzado a la tiranía total para evitar la parálisis completa y resignado a contar como *triunfo revolucionario* el mínimo retorno a la normalidad. (ps. 29-30).

El cambio se hace con prudencia y orden

El hombre cambia constantemente y la sociedad también. El cambio es una consecuencia natural, podríamos decir biológica, de la forma del ser humano y del ser social. Apuntarse al cambio, pregonarlo, pretender ser su causa, es una trivialidad en la que se incurre, a veces de buena fe. Es como anunciar que mañana saldrá el sol, que los árboles crecerán, que fulano morirá. Anunciar el cambio, encauzarlo, acelerarlo, es lícito. Si se acierta en el propósito, el esfuerzo es benéfico. Pero la prédica del cambio por el cambio es la más clara confusión de los medios con el fin. Virajes sin rumbo, a la derecha y a la izquierda, hacia arriba y hacia abajo, que sólo logran demorar la marcha adelante. Dirigentes atolondrados, improvisados, muchas veces embriagados, llevando un pasaje que, aferrados a sus asientos y con los pelos en punta, unas veces gritan, otras ríen, otras lloran, pero que no se atreven a decir con firmeza que el único cambio sensato es el que conduce ordenadamente al fin deseado.

Es tiempo de que quienes estamos sometidos a este vaivén nos decidamos a suspender el peligroso juego. Sabemos que el cambio hacia el progreso es un proceso laborioso y no el fruto milagroso de profetas de pacotilla. Millones de años lleva el hombre procurándolo y constituye imperdonable pecado de orgullo creer que con unas cuantas frases acuñadas a la carrera, con unas cuantas cabezas destroncadas y con unos cuantos mandones oportunistas, lo vamos a resolver todo. Hay que ser serios y no avergonzarse de serlo. Esa es la fuerza que da el apoyo en las grandes tradiciones, el estudio cuidadoso de la inmensa herencia de nuestros mayores.

Los grandes progresos intelectuales, sociales, económicos y políticos de la humanidad no fueron fruto de la turbulencia, sino de la continuidad y del orden.

Tenemos en nuestras manos los instrumentos del progreso. Toda sociedad ordenada, en paz y con propósito de justicia, los tiene. Nuestro deber es impedir que caigan en manos de teguas y milagrosos para que los destruyan y tengamos luego que principiar desde la nada.

No es el cambio lo que se desea, sino el progreso, y éste no ha sido nunca el producto de las turbulencias revolucionarias, sino del sereno funcionamiento de instituciones sabias dirigidas por hombres prudentes.

La revolución no destruye la pobreza sino la riqueza. (ps. 33-35, 40).

El cambio es instrumento y no fin absoluto

Porque estamos perdiendo el hábito inveterado de hacer uso del sentido común, porque nos hemos dejado aturdir por la ensordecedora alharaca izquierdizante. Hemos dicho que el cambio se produce necesariamente, que unas veces es conveniente encauzarlo, otras acelerarlo y en no pocas oportunidades frenarlo, mientras se producen las condiciones propicias para que sea benéfico. El cambio puede servir de instrumento, pero no debe convertirse en fin absoluto.

Los cambios que hay que hacer, porque sean justos, porque sean convenientes, pues deben, no sólo aceptarse, sino hacerse con vigor, con seguridad de que se obra bien. (ps. 44, 46).

La renovación con programas y metas

La renovación, que no el *cambio*, es un fenómeno constante e integrado que toca simultáneamente todos los resortes vitales del ser social. En ella intervienen a una los más arcanos principios del razonar humano y los más recientes hallazgos de la ciencia y de la inteligencia. La adaptación del hombre y de la sociedad a su circunstancia es un tema demasiado serio para reducirlo a un problema de albañilería.

La renovación es permanentemente necesaria, pero ella se hace con programas concretos, con metas definidas, a base de estudio y de aplicación al trabajo y no con formulaciones generales, fruto de mentes calenturientas y oportunistas. No debemos seguir en la carcería de fantasmas inventados por nosotros mismos, sino enfrentarnos con la realidad, con planteamientos actuales y concretos. (ps. 47-48).

La angustia de supervivencia se orilla con las soluciones adecuadas que surgen del medio

Hay angustia física, de supervivencia. Nadie la ha querido. Unas veces es fruto de errores, otras de causas fuera de todo control. La labor primordial del hombre es menguarla. Primero la propia, luego la de sus semejantes. Con el progreso económico el hombre ha llegado muy adelante en este camino, pero nunca por el sendero de la revolución violenta.

Pero hay otro tipo de angustia, la que nos impulsa a la realización de nuestra personalidad. Esa no se calma sino a costa de la personalidad misma. En el mundo gris de la sociedad igualitaria son muchas las angustias que se calman con desesperanza.

No estamos negando que los problemas sociales son siempre urgentes y que hay que afrontarlos con decisión y propósito de resolverlos. Pero ello no debe conducirnos a la búsqueda de soluciones fuera de nuestras posibilidades, sólo porque parecen inmediatas. Hay que tener valor y conciencia de la propia responsabilidad para poder decirle al pueblo cuándo tiene que esperar y disciplinarse para alcanzar sus metas. (ps. 49-50).

La propiedad

Hay quienes, con razones que no compartimos pero que provienen de doctrinas estructuradas y coherentes, abogan por la abolición del derecho de la propiedad. Dejémosle a ellos la labor de denigrarla, de ver sólo sus imperfecciones, de transarse por la mutilación, cuando no puede alcanzarse el ideal del asesinato. Nuestra tarea es la de mantenerla como elemento básico del desarrollo, como acicate del trabajo, como retribución justa para el hombre la-

borioso, previsivo e inteligente. Es necesario que no sigan defendiendo la propiedad los que se avergüenzan de ella, los que se la hacen perdonar a base de concesiones a sus enemigos. Por ese camino, desnaturalizándola, haciéndola híbrida, seremos nosotros mismos los que la convertiremos en estéril.

Es claro que la propiedad tiene una función social fundamental y, como tal, debe ser orientada hacia el bien de la comunidad, controlada para evitar sus excesos, redistribuída para que esté al alcance de la mayoría, castigada cuando se usa en contra del bien general, cuando se convierte en medio de opresión, cuando se adquiere indebidamente o en forma desproporcionada con el esfuerzo, o cuando simplemente es el fruto de la labor de otros. De ello todos estamos convencidos. Pero es haciendo que este motor de la laboriosidad y del progreso humano opere lo mejor posible, y no destruyéndolo, como creemos que se obtienen los óptimos resultados.

Porque creemos que mediante una utilización consciente y ordenada de las posibilidades del derecho de propiedad se obtiene más pronta y eficazmente el progreso, la ampliación de las oportunidades para todos, el empleo generalizado y la estabilidad social y familiar, afirmamos que el conservatismo es el medio más eficaz para obtener las metas de desarrollo deseadas. (ps. 52-54).

Hay que proponer políticas en vez de reformas e inmediatismos

Dos actitudes hay que eliminar en el panorama contemporáneo: la reformista y la del *inmediatismo*. No, no hay que reformarlo todo y mucho menos inmediatamente. Hay que ser más conscientes y proponer *políticas* en vez de *reformas*, y utilizar en beneficio de ellas, con sumo cuidado, los frágiles medios de que dispone nuestra precaria economía. (p. 61).

El conservatismo debe recuperar y usar su propio idioma

Si el conservatismo quiere sobrevivir, debe tomar conciencia de la majestad y sabiduría de sus planteamientos, debe recuperar su propio idioma y estar seguro de su uso. No se trata de asumir posiciones intransigentes, de declararse poseedor de la verdad. Se tra-

ta de tener una posición clara y definida, entre otras muchas cosas para poder, desde ella, transigir y pactar, hacer acuerdos y coaliciones, según lo aconsejen las condiciones políticas y la conveniencia nacional. (ps. 63-64).

Revitalización de la democracia

La democracia necesita de políticos y no de demagogos. Los políticos creen y aspiran a hacer creer; los demagogos sólo buscan la corriente del momento para navegar en ella, sin importarles el destino de los que le sirven de vehículo.

Es necesario salvar la democracia y ello se logra practicándola. Hay que hacer que tenga más participación popular, que sea más integral. La clase dirigente debe hacer política si quiere merecer ese calificativo, y llegar a las masas para que éstas no aparezcan como un conglomerado oscuro y amenazante, sino como reunión de individuos con los que se tiene contacto, cuyas necesidades se conocen y entienden. No se trata de que los gerentes aspiren a ser senadores, ni los técnicos a ser alcaldes. La democracia no se practica sólo en las campañas electorales. Ser demócrata implica aceptar una tarea permanente, que pueda cumplirse desde cualquier posición.

Liberales y conservadores, con todos los matices, debemos comprometernos en una lucha fundamental: la de la defensa del derecho a ser lo uno o lo otro, en cualquiera de los matices. Pero ello no debe implicar la renuncia a nuestras creencias, ni menguar nuestros propósitos de lucha. La democracia no es un partido, sino un sistema. Y para que funcione como tal, necesita del antagonismo, de la existencia de dos o más alternativas. Cuando estas alternativas no se presentan, o no pueden presentarse, el sistema desaparece. (ps. 69-71).

La planeación desde el Estado no va contra la iniciativa privada

Es necesaria la planeación y es muy probable que sólo el Estado disponga de la información y de los medios necesarios para estruc-

turar un programa de desarrollo. Pero ello no puede ser a costa de la iniciativa privada, al menos dentro del sistema que queremos defender. Los planes quinquenales, las programaciones que determinan el quehacer, y el consiguiente aburrimiento de los ciudadanos, hasta el horizonte de las expectativas humanas, son indispensables en los regímenes socialistas. Eliminados los estímulos naturales para laborar, hay que imponer tareas a la fuerza. Creemos que son más productivas las tareas cuando nos las imponemos nosotros mismos.

Planeación sí, pero para estudiar con detenimiento cuál es el grado máximo de utilización de la iniciativa privada y determinar con precisión cuáles son los sectores en los que el Estado debe intervenir para llenar los vacíos dejados por ella.

No vamos, por sabida, a defender la superioridad de la gestión privada sobre la pública. Ni parece necesario hacer comparaciones entre los logros que se obtienen cuando un capital y un esfuerzo humanos iguales, el uno privado y el otro oficial, se aplican a un mismo fin. Sería redundante. (ps. 72-73).

Los partidos deben tomar conciencia de sí mismos y recuperar su estructura lógica interna

Así como a la democracia se la pretende *salvar* a cada instante, haciéndole complicadas operaciones e injertos, del mismo modo, so pretexto de poner los partidos *al día* y de recuperar las masas, estamos pregonando a todos los vientos que han llegado a su punto de obsolescencia y que es necesario hacerles una transmutación esencial para que sobrevivan. Entonces surgen las hibridaciones imposibles: el totalitarismo liberal, la revolución conservadora, el cristianismo marxista.

Es cierto que los partidos están perdiendo el idioma para comunicarse con el pueblo, porque no hay idioma que pueda explicar los contrasentidos.

Los partidos tradicionales vivirán, y seguirán prestando los grandes servicios que han prestado a nuestra democracia, si vuelven a

tomar conciencia de sí mismos, si recuperan su estructura lógica interna. Entonces volverán a ser inteligibles y tendrán un idioma claro, en el que los términos se usen con propiedad, sin que sea necesario recurrir a cabalísticas interpretaciones para medio entender lo que se quiso decir. Cuando el liberal sepa con claridad cuál es su misión política, qué es lo que debe defender y procurar desde su punto de vista progresista y abierto, y cuando el conservador asuma, con la firmeza que le es propia, la defensa de lo logrado y la tarea de incorporar selectivamente a la tradición viviente lo que considera estable y útil, los partidos saldrán del caos ideológico en que hoy los vemos y recuperarán por lógica lo que están aspirando a lograr con demagogia.

Entonces ¿para qué otros partidos? ¿Qué es lo que van a proponer? ¿Sistemas nuevos? ¿Revoluciones? ¿Fórmulas mágicas para resolverlo todo en un instante? (ps. 79-80).

La política: ideas y actitudes

La política se hace con ideas y con actitudes. Las unas plantean soluciones y las otras dan seguridad. La política se hace para ganar, y, dentro del sistema democrático, para ganar con votos. Pero el triunfo debe de ser el de las ideas, representadas por unos individuos y no el de unos individuos sin ideas. (p. 82).

Progreso y justicia para el campo

Hay que llevar el progreso y la justicia al campo. El progreso con la técnica y las subestructuras económicas básicas, y la justicia aplicando con todo rigor los sistemas conocidos que castigan la propiedad improductiva y premian el esfuerzo y el éxito de los productores. La renta presuntiva, los impuestos de valorización, la extinción de dominio, así como las desgravaciones, los préstamos oportunos, los precios de sustentación son elementos que, aplicados con ponderación y propósito de progreso, pueden producir una transformación del campo y del campesino en forma más rápida, sin tantas amenazas y anatemas, y con resultados acordes con las normas fundamentales de la economía. Se le dará así a la tierra

el valor que realmente tiene dentro de la producción agrícola, junto con el trabajo, los abonos, los insecticidas, los fungicidas, el transporte, etc., y podremos liberarnos del mito de que la tenencia de la tierra, sobre todo de la tierra que pertenece a otros, es lo único que le interesa al pueblo necesitado. (ps. 90-91).

Hacia una reacción ecuménica para implantar la moral de comportamiento

El ser capaz de tener y afirmar un juicio sobre la bondad o la malicia de las acciones humanas, forma parte esencial del talante conservador, y, cuando este juicio se debilita, el carácter del conservador desaparece. Quizás esté en la laxitud y la indiferencia por las cuestiones morales la causa del debilitamiento del conservatismo. Después de haber tomado una actitud transaccional en todos aquellos puntos que atañen al comportamiento moral básico, es poco menos que imposible asumir, de buenas a primeras, una actitud políticamente conservadora, porque ella aparece sin contexto, extemporánea, y, en muchos casos, por imprevista y sorprendente, poco menos que ridícula.

La posición conservadora no es simplemente la que nos impulsa a defender unas cuantas tradiciones, unos derechos adquiridos, por justos que ellos sean, una circunstancia de la persona o de la sociedad, por dignas de defensa que nos parezcan.

Es algo mucho más profundo, vivencial, que nace de unas creencias comprendidas y practicadas de las que se deriva una correspondiente moral de comportamiento.

Pues bien: la acción inmoralista es general, ataca todos los campos del comportamiento, pudiera decirse que es hoy ecuménica. Por eso es necesario predicar una reacción, también ecuménica, que se oponga a ella, en defensa de la moral. Se verá entonces cómo la actitud conservadora surge como un corolario natural.

Porque todo este afán de cambio incontrolado e inconexo, todas estas formulaciones precipitadas, este ánimo de transarlo todo para mantenerse a flote, no son sino el fruto del atolondramiento en que nos ha sumido la inconsistencia de la moral ambiente.

Cuando se acepta que el cohecho sea el motor primario de la administración pública y aun de la privada; que el engaño y el abuso sean medios lícitos para obtener el éxito económico; que el vicio y la pornografía sean fenómenos naturales dentro de la sociedad. Cuando se puede intentar todo, porque todo, por permitido, es posible, entonces surge el desconcierto y la angustia, el sentimiento de que estamos en medio de un caos del que es necesario salir. Y salir del caos es el *gran cambio* que la nación quiere y necesita. Los que de buena fe predicaban revoluciones y transformaciones quizás han oído campanas y no saben dónde.

Si queremos salvar las instituciones, los derechos adquiridos, las tradiciones queridas, la familia, la libertad y todo el conjunto que forma nuestro ser individual y social, hay que recuperar para él ese sentido fundamentalmente moral que es su verdadera razón de ser.

Mientras el hombre sea hombre, tiene capacidad de reaccionar ante el mal. A ella debemos dirigir nuestro llamado, para que vuelva a ser posible que la honestidad no se confunda con la tontería, la continencia con el desgano, la caridad con la demagogia, la fe con el oscurantismo, la prudencia con la mediocridad, la fortaleza con la violencia y la justicia con la revolución. (ps. 121-124).

Fallas en la distribución de la riqueza

(De *Concentración de la riqueza y del ingreso en Colombia*)

La redistribución de la riqueza por el sistema elemental de los impuestos confiscatorios; la intervención arbitraria, espasmódica, del Estado en la economía, cada vez que es necesario cumplir una promesa o vestir la casaca roja del marxismo para buscar los votos; la aprobación indiscriminada e inconsulta de leyes laborales que crean inusitados privilegios y desestructuran el mercado de la fuerza de trabajo hasta el punto de convertirlo en lo que hoy es, un galimatías incomprensible; la fobia al capital extranjero que ha atrasado nuestro desarrollo en varias décadas; la aceptación, sin el menor beneficio de inventario, de la formulación simplista de que los ricos deben dar a los pobres el valor de la diferencia que los separa, sin analizar qué es eso que se llama un rico, sin tener conceptos claros sobre los procesos de la formación del capital, sin poder reconocer, so pena de anatema, que la productividad y el consi-

guiente bienestar social van en razón directa a la capacidad de una sociedad de acumular capital e invertirlo adecuadamente; y en suma, la actitud aceptada en el sector como normal, que consiste en pedir todo a todas horas, a las buenas y a las malas, y considerar como “conquista” lo que se obtiene como si el asalto a las fuentes de la riqueza pudiera realizarse indefinida e impunemente, como si los recursos que son motivo de la llamada “conquista” fuesen infinitos, como si las desigualdades viniesen de un simple capricho, susceptible de ser corregido con manotazos punitivos.

Estos y otros muchos más son los axiomas que han dado la forma a las disposiciones legales que hoy están produciendo como resultado la inevitable, la forzosa concentración de la riqueza, y el alejamiento de las gentes del común de las fuentes de la producción y su bajísima participación, mediante la inversión del ahorro, en la toma de las decisiones de la política empresarial. Pocas veces se ve un caso tan patente de contradicción entre los objetivos buscados y los resultados obtenidos. Difícil resulta encontrar un tema en el que aparezcan en forma tan patente las incongruencias de una posición híbrida y sin claros propósitos, inmediatista, carente de perspectivas que, para mal de todos, resulta frecuentísima. Claro está que este no es un mal que aqueje solamente a Colombia. En mayor o menor grado afecta a todas las naciones en desarrollo y no pocas veces aun a las industrializadas, cuando a su estructura se le interpolan indiscriminadamente trozos de socialismo, sin detenerse a analizar cuidadosamente sus efectos económicos o las incongruencias que resulten. (ps. 142-143).

La práctica del justo medio debe aplicarse a la economía

Para que el socialismo sea serio y practicable debe prescindir de la demagogia y ello sólo se logra prescindiendo de la libertad. Cuando no es así, lo que se obtiene es ese híbrido infecundo, bastante deforme, lleno de incongruencia, macrocefálico e idiota en su sector público, y sustentado por un sector privado raquítico y adolorido, incapaz de producir lo que necesita, no sólo para crecer, sino para la simple subsistencia de la sociedad.

En el mundo entero se está gritando un gran ¡NO! al gigantismo del Estado y al crecimiento de burocracias improductivas y

obstruccionistas. La gente se está dando cuenta de la verdad perogrullesca de que nada tiene el Estado que no nos lo haya quitado antes, y, vista la forma como administra lo que nos quita, no hay interés alguno en entregarle más recursos.

El justo medio: la estatización pero de lo que solamente de esa manera puede funcionar. La protección y seguridad del trabajador siempre y cuando que ello no genere desempleo y marginamiento de fuerzas de trabajo. Impuestos tan altos como sea posible, lo cual quiere decir que no han de desestimular la inversión productiva. Sindicalismo vigoroso y activo, pero integrado dentro del sistema, partidario del progreso de la comunidad, y no comprometido en el logro del prometido derrumbamiento y dedicado por lo tanto a quebrantar los sistemas de producción. Libertad de empresa, pero encuadrada dentro de planes generales que sean el fruto de acuerdos sobre los anhelos colectivos.

El fenómeno, que hoy estamos viendo y que tanto nos preocupa de la concentración del poder en un grupo reducido de conglomerados, no es sino el resultado de no haber sabido buscar el justo medio, haber legislado con base en teoricismos carentes de contacto con la realidad en unos casos, en otros, cediendo complaciente e irresponsablemente a impulsos demagógicos y en otros más, cayendo tontamente en trampas tendidas por los enemigos del sistema, que buscan, con estas medidas, el estancamiento y el malestar social. (ps. 144-145).

Concentración y descapitalización

Es muy probable que al hacer concienzudamente este análisis nos encontraremos con que el fenómeno de la concentración corre parejas con el de la descapitalización y que si hiciéramos un inventario del valor de reposición de las industrias y las depreciáramos de acuerdo con él, nos encontraríamos con la sorpresa de que muchísimas de ellas están operando a pérdida y de que hay mucha ilusión en nuestro incipiente capitalismo. La ofensiva de los alcabales, la forma totalmente antitécnica como se viene legislando en el campo laboral y el ambiente hostil con que se ha rodeado al empresario ha frenado notablemente la inversión mediana y pequeña y ha dejado el campo a los más poderosos, que sobreviven

gracias a sus fuertes recursos, o tienen que resignarse a mal vivir porque la índole de las inversiones no les permite deshacerse de ellas.

El fenómeno de la descapitalización del país debe ser analizado cuidadosamente. Es bien sabido que el incremento de la productividad está directamente relacionado con el aumento del capital de inversión. La legislación tributaria hasta ahora vigente y que afortunadamente comienza a ser modificada, castigaba brutalmente la inversión, hasta el punto de que buena parte de la que fue forzoso hacer para impedir la parálisis de la producción, tuvo que recorrer los ocultos caminos de la economía paralela para poder llegar a su lugar. Curioso sistema este en el que estábamos hasta ayer, en el que lo que en todas partes es considerado como el síntoma principal del progreso y la actitud más positiva en bien de la comunidad, la inversión productiva, era necesario hacerlo a escondidas, para escapar al ojo punitivo del fisco. Ello ha sido causa de un gran atraso en el re-equipamiento, que puede estar colocando a nuestra industria en posición no competitiva, a pesar de los esfuerzos realizados últimamente, a la sombra de las disposiciones favorables en materia arancelaria y en el renglón de depreciaciones, si es que aspiramos a mantener nuestra posición de exportadores de manufacturas. Entonces nos vamos a dar cuenta de que, como el taxista que se come su vehículo sin hacer provisión para su reposición, no contamos con los recursos necesarios para comprar el equipo industrial requerido. El legislador, al no tener en cuenta los efectos contables de la inflación y con la vana y quizá tramposa ilusión de que así aumentaba los impuestos sin pasar por el mal rato de tener que decretarlos, convirtió en utilidades gravables todo aquello que, en sana economía, debiera ser destinado a reservas para reposición de equipos.

Sí, es muy malo que la riqueza se concentre en unas pocas manos. Pero más malo es aún que no existan las condiciones para crearla y hacer partícipes de ella a los ciudadanos. (ps. 144-145).

Política laboral e inversión productiva

Las grandes dificultades que hoy enfrenta el empresario, en especial el mediano y pequeño por su debilidad estructural, en el ma-

nejo del sector trabajo, son una de las causas determinantes de la poca inversión y del consecuente estancamiento de la generación de empleo. Además, nuestra legislación laboral no tiene para nada en cuenta el factor productividad. Antes por el contrario, parece tener tendencia adversa a la misma al establecer el sinnúmero de pagos y bonificaciones que no están directamente vinculados a la contraprestación de trabajo.

Y si no hay productividad no hay ganancias y si no hay ganancias no hay riqueza y si no hay riqueza no habrá que repartir y desconcentrar. Este tipo de ineficiencia y este injustificado aumento en los costos, amén de los altísimos riesgos que implica una estabilidad laboral mal entendida, hacen muy difícil asumir el riesgo de crear una empresa nueva o emprender un ensanche. En estas condiciones no hay demanda de inversión directa del ahorro, el cual resulta así canalizado bien hacia la economía clandestina, bien hacia los inversionistas institucionales, es decir, hacia los grandes conglomerados financieros, los cuales, ante la estrechez de su campo de inversión, acaban produciendo, quiéranlo o no, un aumento de la concentración del poder económico. (ps. 148-149).

Conveniencia de vincular capitales extranjeros

Las manifestaciones xenofóbicas contra el capital extranjero son también una causa de que nuestro menguado capital permanezca en las manos de los pocos que lo controlan.

La economía nacionalista y autárquica es hoy impracticable. Mientras los países industrializados abren sus fronteras y producen los enormes intercambios de capital que hoy estamos viendo y aceptan como conveniente esta internacionalización de la producción y los consumos, aquí, como enanos soberbios, nos empeñamos en que somos autosuficientes y no necesitamos de recursos foráneos.

Y desde el punto de vista de la concentración de la riqueza y el poder, la vinculación a nuestro mercado de capitales de esas entidades internacionales ya hoy carentes de nacionalidad, que se justifican ante sí mismas por sus propios índices de productividad, no

puede menos de abrir los horizontes y vincular, con las cuotas necesarias de capital nacional, a nuevos accionistas que no han de temer el depositar sus ahorros en empresas respaldadas por la gran solidez de tales entidades. Además, como es obvio, la expansión producida por las grandes inversiones aumentará la fuerza de trabajo adecuadamente remunerada y con ello la capacidad de ahorro y capitalización.

Esa simiente del capital poderoso y con capacidad tecnológica para abrir nuevos campos de inversión, que inspira confianza, debiera utilizarse en la captación de nuevos ahorradores en la formación de capitales productivos. (ps. 149-150, 339).

Las empresas multinacionales

Es interesante considerar, así sea superficialmente, el tema de las multinacionales, esos monstruos devoradores de seres y de países inocentes, si es que se acepta el retrato que de ellas ha salido de las fábricas de demagogia. Pues bien, ahora resulta y ello está siendo aceptado por los más notables teorizantes del desarrollo, que como resultado de las múltiples modificaciones que ha tenido el mercado mundial de capitales, de las medidas legales de protección que se han implantado en forma generalizada para impedir que tales empresas sean instrumentos de succión y no de producción, son precisamente esas denigradas multinacionales las que están produciendo las más grandes inversiones en el desarrollo, sin compromisos atados a ellas por cuanto su carácter privado les resta capacidad coercitiva, en los términos y con la celeridad que se requiere. Su carácter puramente económico y genuinamente internacional hace que no haya en su vinculación interés distinto al puramente lucrativo. En cambio, la empresa puramente nacional, por su estrecha relación de dependencia con el país del cual vive y para el cual trabaja puede llegar a ser un elemento de presión de mucho mayor significación, crear situaciones de privilegio que paga el común de las gentes, envolverse en banderas nacionalistas para justificar monopolios, etc.

Se dirá que he venido a defender los monstruos multinacionales frente a la empresa nacional. Y ello es verdad hasta cierto punto.

No creo que desterrarlos nos convenga y, como antes dije, el destinar nuestros pobres recursos a comprar las acciones de los pocos inversionistas que tenemos me parece enteramente contraproducente y también, como en otros casos que hemos analizado, determinante de la concentración del poder en manos de los pocos que pueden disponer de los dineros para este tipo de inversiones, algunos de los cuales pudieran estar interesados en justificar e impulsar las medidas xenofóbicas que poco menos que han cercenado nuestros lazos con el mercado internacional de capitales. Comprar empresas técnicamente establecidas, a precios de realización, es momentáneamente un buen negocio para los nuevos propietarios y en cierto modo para el país, pero esta utilidad a corto plazo no compensa el aislamiento de las fuentes de tecnología y de inversión. (ps. 150-151).

Necesidad de la gran empresa

Si deseamos mantener nuestra posición competitiva en los mercados internacionales y aumentar a precios costeables la oferta de bienes y servicios a nuestros conciudadanos, necesitamos de empresas grandes, con amplia disponibilidad de recursos, con riesgos repartidos de distintas fuentes de producción que les garanticen su estabilidad frente a las cambiantes situaciones del mercado. Estas empresas pueden llegar a tener una gran unidad empresarial, sin necesidad de pertenecer a un dueño o accionistas dominantes. (p. 151).

Intervencionismo de Estado

Me parece que el intervencionismo del Estado es una realidad contemporánea que hay que aceptarla como tal. Probablemente todos tenemos que aceptarla a regañadientes, porque representa una sustitución del Estado en algunos campos en los que no hemos podido hacer las cosas sin su intervención, no porque el Estado sea mejor que la empresa privada, sino porque la empresa privada o la iniciativa particular han resultado, por las circunstancias del momento, incapaces de desarrollar esos campos. Como sustituto, como mal menor, entra el Estado a cumplir con esa función. Quiero

llamar la atención sobre este punto, sobre este concepto de que la intervención del Estado es un mal menor y no un beneficio; que es sustitutiva y no primera. (ps. 359-360).

El derecho de huelga

(Del folleto *Reconquistemos la dignidad del trabajo*)

El derecho de huelga es una conquista fundamental de los trabajadores que protege, como *ultima ratio*, sus aspiraciones de mejoramiento. Pero se trata de un derecho primario, cuyos primeros efectos son siempre perjudiciales. De ahí que el progreso de las naciones en general y de los trabajadores en particular vaya en razón inversa al número de huelgas. Y la cantidad de huelgas va en relación directa con la politización de los sindicatos. (p. 8).

El salario integral

La creación del salario integral que ha de reducir notablemente la tentación de estrujarse la mente para agregar más y más puntos a los pliegos de petición, debiera estar reforzada en lo que al sector público se refiere, con el establecimiento de normas generales de contratación, que coloquen a los funcionarios en pie de igualdad y los sustraigan de la competencia de peticiones irracionales con las que los sindicatos pretenden demostrar su eficiencia.

Desde luego, mirado desde el punto fundamental de la creación de empleo, el aumento de la eficiencia, que no es precisamente lo que se logra en este tipo de convenciones, le permitiría al Estado ofrecer más oportunidades de trabajo productivo, en vez de seguir acrecentando sus nóminas con empleos cuyas supuestas funciones son inútiles y, en muchos casos, perjudiciales. (ps. 13-14).

La derrelicción o la ausencia de autoridad

(Del artículo "La derrelicción y la supervivencia")

Derrelicción es un estado de abandono y de solicitud moral completa. O también, en términos de derecho público, la *derrelic-*

tio de los romanos es la ausencia de autoridad, y de su consecuencia práctica, el poder. Cuando ella se presenta en el hombre, su espíritu sucumbe, o estalla en incongruencia, y cuando aparece en la sociedad, ésta entra en crisis, decae y muere, o produce la explosión revolucionaria. Hay mucho de derrelicción en el hombre contemporáneo, y no poca *derrelictio* en los cuerpos sociales que él conforma. La solicitud moral es incapaz de generar autoridad y al debilitarse ésta queda ahí, escueto, el poder sin respaldo, violento e incongruente, cada vez más traumático en la medida en que tiene que aumentar su fuerza para remplazar la autoridad de que carece. Nuestro mundo contemporáneo ha llegado al enfrentamiento de poderes amorales que operan sobre individuos sumidos en la derrelicción. (p. 39).

Las revoluciones no son inevitables

No creo que las revoluciones sean inevitables, que sean el fruto de un acaecer cósmico independiente de la voluntad del hombre. Por el contrario, las veo como enfermedades del cuerpo social que pueden ser prevenidas, o curadas en su proceso antes que lo destruyan o lo atrasen en su desarrollo. Claro está que hay circunstancias en las que esta medicina preventiva es imposible y el proceso revolucionario se torna inevitable; pero, si analizamos los antecedentes, encontraremos que antes de llegar a esta posición sin regreso, hubo siempre las oportunidades perdidas para la aplicación del adecuado remedio. La sociedad es un cuerpo vivo que puede ser infectado, que puede llegar a carecer de anti-cuerpos, que puede estar desnutrido, física e intelectualmente, que puede inmovilizarse hasta el anquilosamiento, que es susceptible de envejecer prematuramente o lograr inusitada longevidad. Todo ello tiene origen en la formación misma del cuerpo social, pero el comportamiento de los distintos elementos constitutivos del ser final puede ser, en proporción muy notable, encauzado, como en el individuo, hacia el bienestar y la excelsitud.

Para la sociedad, como para el hombre que hace parte de ella, estas son metas alcanzables, claro está dentro de la medida de sus posibilidades finitas. De no ser así, nuestro quehacer carecería de sentido. Pero para lograr el éxito es necesario estar respaldado por

una concepción integral capaz de impulsar la voluntad hacia la búsqueda del bien, de mantener un cuerpo y un espíritu ágiles y vigilantes, con plena conciencia de los valores que motivan el esfuerzo que nos hace ascender. Si ello no es así, viene primero el estancamiento, y luego el descenso hasta los oscuros niveles en donde se forma la gran inconformidad revolucionaria. (ps. 40-41).

Incongruencia del Estado y la desmoralización de la clase dirigente

(. . .) tenemos también la incongruencia de un Estado que interviene para no hacer, vigila para pecular, atropella sin propósito, utiliza la ley en favor de sus violadores, exprime la savia de la economía para derramarla, sin cumplir con ninguno de los propósitos que se fija; la desmoralización y debilitamiento de la clase dirigente es a la vez causa y consecuencia de la incongruencia del sistema y del aumento de poder del enemigo interno y externo que se aprovecha de la orfandad moral, de la derrelicción. (p. 41).

Por la coherencia de la organización estatal

Es evidente que la derrelicción del individuo y la *derrelictio* del poder están precipitando al mundo por una pendiente cuyo final presumimos, aunque no nos atrevemos a pensar en él: la tercera guerra. Sin embargo, a nivel local, nacional, cada uno de los países puede, o pasar por entre la crisis universal sin que ella afecte sus estructuras básicas, o, por el contrario, sucumbir en medio del torbellino. Para ello se necesita que la sociedad tenga conciencia de la realidad en que vive, y esté por ello en capacidad de producir los fenómenos contrarios a los que hemos analizado como causantes del estado crítico. En el caso nuestro, estoy convencido, contamos con la capacidad para evitar el naufragio. Si a pesar de tenerla naufragáramos, nos cabría la responsabilidad toda en la catástrofe. Parece que mis compatriotas tienen conciencia del inmenso costo de demolición que implica la revolución; que somos lo suficientemente maduros para no creer en los cantos de sirena de los demagogos y los revolucionarios; no hay en el horizonte nadie capaz de producir una explosión populista, ni se ve quien pueda ser el beneficiario del poder en el caso de un derrumbamiento. Nuestro Estado,

a pesar de su descomunal incongruencia administrativa, cuenta con la cantidad de autoridad y el poder disciplinario necesario para contener la anarquía. Sólo hay un grande peligro: el de que no seamos conscientes de la gravedad del momento.

De la concordia, y de la capacidad de no caer ni en la orfandad moral ni en la *derrelictio* política depende nuestra supervivencia.

Aquí predomina aún el espíritu de unión. Con base en él podríamos intentar una reconquista del monstruo estatal para devolverle la congruencia que perdió con su desordenado e inconsulto crecimiento. (ps. 43-44).

El conservatismo de Simón Bolívar

(De la entrevista *Simón Bolívar, el conservador*)

Llamo conservador a Simón Bolívar —este es un término, cuyo nacimiento político corresponde más o menos a los años en que él estaba tratando de plasmar en formas constitucionales lo que fue su pensamiento libertario y fundador de nacionalidades—, porque en él se presenta la actitud mental típica del conservador. El conservatismo es un movimiento político que nació como resultado de la explosión libertaria de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. La libertad, en ese momento, tuvo un sentido destructor en muchísimos casos y por poco aniquila toda la herencia cultural de la humanidad. El turbión que salió de la Revolución Francesa y que por poco arrasa definitivamente toda Europa, produjo una reacción sana, pensada, tranquila, de todas las gentes que consideraron que no era posible obtener la libertad del individuo, si no se garantizaba de antemano el orden.

Estos fueron los conservadores, quienes en medio de la agitación revolucionaria, se pusieron a observar con detenimiento las bases del pensamiento, de la cultura, de la organización social y de todos aquellos elementos permanentes de la cohabitación humana que permiten la fundación del Estado. En vez de pensar que la libertad lo era todo, y que el individuo por sí y ante sí por el solo hecho de ser libre era capaz de vivir en comunidad, concluyeron que la libertad no es sino el margen final de una serie de instituciones que per-

miten por sus reglamentaciones y por su aceptación colectiva que la sociedad funcione.

Simón Bolívar utiliza, como es natural y como corresponde a su época, con muchísima frecuencia, la palabra liberal, en su más excelso significado; él se siente permanentemente un liberal, quiere serlo y precisamente por eso, porque profundamente lo es, no tuvo más remedio que ser conservador para poder ser liberal. Porque esta libertad de pensamiento requiere unas bases para poderse apoyar y tener la libertad de pensamiento subsiguiente.

Podríamos decir que Bolívar no es consciente de su propio conservatismo; este movimiento, que tiene su fundamento filosófico inmediato en Edmund Burke (el rastreo del pensamiento conservador nos lleva al nacimiento del espíritu), probablemente no estaba todavía cristalizando en la época en que Bolívar actuaba.

Muchos pensaban como conservadores en Europa y en América y fueron conservadores en cierto modo. El mismo Napoleón, que nunca dejó de llamarse liberal, en su madurez lo hizo todo para conservar lo que la revolución había dejado en pie, y fue conservadora la monarquía británica que siempre se llamó liberal, y fueron conservadores los institucionalistas alemanes que siempre se llamaron liberales.

La actitud, el talante del conservador, como hoy lo comprendemos, nacieron en el mismo tiempo que el Libertador y tuvieron, en América y en Europa, una evolución similar a la que podemos observar en nuestro héroe. Una de las causas primordiales de mi admiración por él viene de la meditación sobre cómo este guerrero, solc, sin interlocutores, acaballado en los Andes, pudo extraer de las brumas de los picachos una teoría política tan elaborada como la que produjo la "inteligencia" europea, en uno de sus momentos de más efervescencia. Mientras Santander leía, copiaba e intentaba trasladar el utopismo rusioniano a nuestra tranquila y jerarquizada sociedad colonial. Bolívar meditaba y creaba una teoría política destinada, no a la imposición de un teoricismo, sino al aprovechamiento de todos los elementos positivos, tanto los heredados del cordial y pacífico paternalismo colonial, como los traídos por el gran traumatismo revolucionario, tal como lo hacían en

Europa los grandes estadistas que establecieron el dominio británico, y los filósofos políticos que como Burke, y más tarde Tocqueville, supieron objetivar en sus brillantes escritos lo que era el sentimiento latente que más tarde se denominaría conservatismo.

El término conservador se plasma y se vuelve un fenómeno no consciente del pensamiento político posteriormente a las primeras acciones de los grandes conservadores; los conservadores a que me refiero, son los fundadores de la democracia europea y mundial. Fue precisamente como producto del ímpetu de orden y de disciplina de las gentes conservadoras, como el caudal de la revolución se pudo encauzar dentro de los marcos de la democracia. Bolívar, preocupado por toda la anarquía subsiguiente a la euforia revolucionaria de la independencia, dedicó todos los esfuerzos de su vida, a fundar un Estado que tuviese unos elementos que él veía con gran claridad y que hoy los que los vemos con los mismos ojos de él, consideramos que son los elementos del partido conservador. (1980, *El Siglo*, 6 de julio).

Bibliografía de Enrique Gómez Hurtado

Obra

1971. *Respuesta*. Populibro No. 42. Bogotá, Editorial Revista Colombiana Ltda., 125 ps.

Obra en colaboración

1979. Varios autores: *Concentración de la riqueza y del ingreso en Colombia*, Colección "Pensadores Políticos Colombianos", Cámara de Representantes, Bogotá, División de Edición, DANE, 550 ps. (Véase *Unas verdades que todos llevamos dentro*, ps. 139-153, 359-366).

Folleto

1978. *Reconquistemos la dignidad del trabajo: marco laboral para la inversión productiva en Colombia*. Separata de *Síntesis Económica* (Bogotá), 15 ps.

Artículos

1958. "Bases para un mercado regional grancolombiano", en *Economía Colombiana*, vol. 19, No. 54, ps. 12-15.

1979. "La derrelicción y la supervivencia", en *Arco*, Bogotá, No. 219, ps. 39-44.

Entrevista

1980. "Simón Bolívar, el conservador", en *El Siglo*, Bogotá, 6 de julio.